

Reconstruir la vida a partir de las cosas: relato sobre el 19-S

¿Qué dicen nuestras posesiones sobre nosotros mismos? ¿Cómo cuentan nuestra historia aquellas cosas que atesoramos con vehemencia o que simplemente dejamos olvidadas en un cajón? Nuestra identidad está conformada de fragmentos. Pequeñas piezas que vamos recopilando y conservando con el paso del tiempo, testimonios de lo que somos, de lo que hemos construido en el devenir.

Con el terremoto del 19 de septiembre de 2017 que azotó parte del país, no sólo se cimbró la tierra y se sacudieron los edificios, no se agitaron únicamente nuestros miedos y esperanzas más profundas, también se removió aquello que resguarda lo cotidiano, lo más personal: se abrieron nuestros cajones y estantes, se agitaron las alacenas y libreros, se revolvieron los closets y escritorios. Lo más firme, de pronto, se tornó movedizo.

Se perdieron 369 VIDAS humanas. Irreparables. Dolorosas. Además de ellas -aún sin cuantificar-, se perdieron entre los escombros otras VIDAS, aquellas que se fueron construyendo a través de libros, muebles, cartas, prendas, archivos, peluches, discos y fotografías. Fracciones de historia personal y familiar. Ante la premura, la tensión, la angustia y el desazón, poco se reparó en que el rescate de esas vidas también era necesario.

Afortunadamente, la mirada sensible de Tabatta Salinas, una de las y los cientos de brigadistas que trabajaron en el edificio colapsado de Edimburgo #4, se incrustó en esos objetos asomados por debajo de los escombros, considerados como basura, y les devolvió su valor, su existencia. Conformó un equipo en el que día y noche trabajamos más de 50 personas rescatando, separando, ordenando y clasificando esos restos; restos que nos murmuraban entre el polvo quiénes eran los habitantes de ese inmueble, que ahora estaba en ruinas.

Estábamos conscientes de que esas pertenencias estaban cargadas de emociones, de afectos; piezas que constituían la memoria de sus propietarios y que formaban parte de su autobiografía. Con esos pequeños trozos empezamos a reconstruir la vida de los inquilinos, los fuimos conociendo sin conocerlos: qué música escuchaban, cuál era su profesión, sus gustos de lectura y decoración, sus diarios y cartas de amor, incluso sus gastos personales o querellas legales. Nos contaron su historia a través de sus propios objetos. Les otorgamos identidad a través de sus fragmentos.

En este rescate, recuperamos obras de la pintora Teresa Velázquez que estaban almacenadas en uno de los departamentos. Lienzos estrujados, rotos y manchados, pero vivos. El poder del arte se hacía presente. Aquellas creaciones que en otro tiempo hablaban de los cuestionamientos de su autora, ahora se actualizan como testigos colectivos. Estos cuadros son testimonios silenciosos de aquel sismo porque -junto con los otros restos- se impregnaron del sudor de los rescatistas, del peso del polvo, de los olfateos de los perros, del aroma de la muerte, de los puños levantados, de la fuerza de los voluntarios, de la tensión de los espectadores, pero sobre todo, del aliento y del ímpetu de la vida.

Mónica Ruiz